

Andrés Sabella

# Evocación de Carlos Baudelaire con algunas notas a "Las Flores del Mal"

Homenaje de amistad para  
Armando Donoso.

## I



UANDO el sol del 9 de abril de 1821 lograba constituirse en la gala suprema del cielo, una mujer, Catalina Archimbaut-Dufays, paría a un poeta, hijo de un hombre ducho en artes de vida, sexagenario plateado y todavía capaz de llenarse los labios con las rosas del amor, Francisco Baudelaire. La calle de Hautefeuille, entonces, escuchó un llanto singular—llanto que, adornando su diapasón, sería canto. ¡Y qué canto! Así queda echado a vivir el poeta Carlos Pedro Baudelaire. Poeta en quien encontramos quintaesenciada a la poesía, varón de verbo a quien el desertor con ojos de relámpagos, Jean-Arthur Rimbaud, llamaría «Rey de los poetas», honrándolo en sangre y eternidad (1).

Es Baudelaire un rayo hecho hombre. Su existencia acusa una extraordinaria alcurnia espiritual. Los dados de la desventura se pudren en su diestra. El amor, en la piel morbosa y caliente de Juana Duval, se acostumbra a herirle lo mismo que a un árbol de savias que caen como lágrimas felices. La fortu-

na le rompe la copa de los bebedores de alegría. Y hay que agregar aún que la sífilis y la angustia no quedan fuera de sus venas. Baudelaire es un bello resumen de largas desgracias. Pero, y aquí llamea su instinto de poeta por gracia del más cruel y ardiente destino, jamás destroza su pluma de escritor, jamás permite que para su canción vengan los ácidos mortales del hastío y se conviertan en los ríos de su alma. Con lava debió escribir esta sentencia, escudo de armas de su agonía y de su aventura sin otra luz que la que le salía de las sienas: «La literatura es antes que todo, antes que mi estómago, antes que mi placer, antes que mi madre».

Baudelaire se destroza por fidelidad a esta consigna mortal. La poesía lo encuentra dispuesto siempre a recibirla con su cortejo de fantasmas. Los estudios brillantes cederán sitio a las venturas de un París ruinoso y enigmático, roído por pequeños demonios de faldas livianas, bajo cuyos vuelos la sífilis desnuda sus espadas. La situación familiar—con su estabilidad rentada y sus tradiciones—, es despedazada por el delirio de las palabras: Baudelaire se enfrenta a su familia y confiesa que nada le interesa fuera de la poesía. Es el instante en que su madre alcanza a maldecir su vientre, el momento en que se ve nítidamente que el poeta es la «plaga de las familias». Baudelaire se resigna a sufrir la pesquisa cotidiana de sus acreedores, porque está amarrado a su sueño con fibras de su propia carne. Y si el hambre le entristece la alcoba, Baudelaire coge una cuarilla y sublima la noche con un esfuerzo. No abandona al verdugo de su lecho, a la Duval, porque entre sus piernas ha entrevisto una raíz de poesía. La Duval es para Baudelaire un estado alucinatorio, un pozo de aguas maravillosas con el divino poder de iluminar la lengua, (2) Baudelaire aplacará su sed de madre en el olvido, únicamente para cantar con libertad su grandioso drama de proscrito del festín de los dioses.

El 31 de agosto de 1867 muere, a los 46 años, en su París trágico y virtuoso, con los espectros de sus viejos males, para-

lítico y con reblandecimiento cerebral, muere con una sencilla frase en los labios ya adquiridos por la sombra: *La luna es bella...* Así como a Rimbaud la vida le sancionó por haberle violado todos los caminos, con una petrificación de sus piernas, mofa última para él que huía tenazmente, a Baudelaire, el que logró nuevos resplandores al lenguaje humano, la vida le hace morir casi mudo, pronunciando, en concesión piadosa y lancinante, las palabras con que un niño podría cantar su primera ternura del mundo: *La luna es bella... La luna es bella...*

Sí, Baudelaire, la luna es bella, porque los niños y los poetas la acarician, porque los niños y los poetas comprenden que es con esa moneda que el cielo transfiere sus misterios...

Amante del terciopelo satánico de los gatos, sutil buzo de los perfumes, («Hay perfumes que en toda substancia material—hallan poros»), traductor del caos sangriento de Poe, figura de loor al pie de los cuadros de Delacroix, *dandy* y pordiosero, mendigo de las tardes, víctima de un contacto amoroso brutal y delicioso, doncel en envoltura de azufre, Carlos Baudelaire era el hombre a quien las palabras confiarían sus tesoros de sangre para la escritura delirante y dura, inolvidable y colorada, de «Las Flores del Mal», (3).

Su cara, desde la que nos dejara, en 1844, Emilio Derooy, con frente de bahía de presagios y ojos de perlas sucias, hasta su retrato clásico y final en los preparativos de su viaje a Bélgica, en 1864, donde la boca está como devorando un mensaje de espanto, es la efigie de una desesperación de infinito.

Baudelaire representa al ángel herido, al trino que descien- de a una charca, a la poesía en sus trincheras de fuego. No es por azar que escribiera, en medio del escándalo de los pobres de tentación: «Me gusta más una caja de música que un ruiseñor», esto es, la poesía por el riesgo, la poesía más allá de todo, la poesía como ejercicio de dios, volcando el destino y vaciando el oráculo, colocando, donde nace el árbol, a una mu-



chacha desnuda, y ahí donde surge la estrella, un vaso henchido de sangre...

## II

«Mi juventud fué sólo un negro temporal»,

declaraba en un soneto, «El enemigo». Pero limitaba la verdad. Toda su existencia fué una obscura tempestad. Marinero de los agrios tormentos de la canción, Baudelaire conoció lo que era una noche de poesía, aquellas horribles noches en que las palabras adquieren filo y se hospedan en nuestro cuerpo. Diríase que Baudelaire vive poseído por un espíritu cruel, cuyo descanso es el martirio del poeta. El soneto que alaba a «La belleza» termina con esta aclaratoria de su fatiga:

«Los poetas que creen mis gestos triunfantes  
arquetipo de los mejores monumentos,  
consumirán sus días en austeros comentarios;

Porque yo tengo lazo de estos pobres amantes—  
espejos que trastornan todas las realidades,  
mis ojos, mis dos ojos de eternas claridades».

Oficio de forzados, el de los poetas. Baudelaire no rechaza su sino. Al contrario, parece aceptarlo, sonriente y agradecido. Se trata de invertir las leyes de la Creación para constituirse en árbitro de lo mágico y lo extraordinario. Se trata de penetrar en las cosas y en los seres con la intención de hallar raíces reservadas para nuestro íntimo deleite. Se trata de mantener el coraje y hablar a «Una carroña» con lenguaje macabro y luminoso:



«Alma mía, recógete y recuerda el objeto que hemos visto esta mañana al volver de una senda, un infame esqueleto sobre la tierra lozana».

Baudelaire, el enamorado de las olas sexuales que son las cabelleras, (¿cómo no devorar, día a día, su poema sorprendente «Un hemisferio en una cabellera»?), monje de lo negro y de los cabellos que recuerdan al crimen. («Te adoro, como adoro la bóveda nocturna—¡Oh, vaso de tristezas», «La cabellera negra»), mentiroso y creador de climas y de sueños, permanece junto a nuestras heridas, como el cirio de plata que atrae a la muerte. Y es el Padre Nuestro de nuestra tentativa de reyes del país cuyos confines arden permanentemente, del país que produce las rosas del tamaño del silencio y del metal con que se protege la semilla del misterio, del país donde los astros duermen en la misma almohada que los hombres.

### III

«Las Flores del Mal» no es un libro. Es una furiosa tertulia de llagas. Tal es la razón que asiste a Camille Mauclair para expresar de estos poemas: «es un libro sólo comprensible para hombres maduros que hayan vivido, observado y sufrido». No es posible ahora la anatomía de esta obra. Admirémos su conjunto, su pulpa hecha de piedra y de frutas. De «Spleen e Ideal» a «La Muerte», sin menospreciar los acentos de león y de furia que define a «Rebelión», ni la magnificencia de «El Vino», el libro de Baudelaire es una documentación llana del ser, con sus vitrinas de esperma y sus arterias de ceniza, con las noches en que la abulia surge al amparo de nuestra lámpara y las categorías de hambre humana. En los poemas en que el vino luce sus anillos incandescentes, las palabras ad-

quieran una intensidad de parto y, súbitamente, tememos que de la estrofa va a manar sangre: «El vino del solitario» (4).

En mi escritorio reservo un espacio que quisiera mantenerlo cubierto con partículas de oro: es el que ocupa Baudelaire. Allí «Las Flores del Mal» instalaron la primavera de mi soledad, y sus poemas en prosa, los del «Spleen de París», y «Los Paraísos Artificiales», sirven de burladeros a la miseria y al tedio. Baudelaire me observa en un retrato que exige la mirada del hijo. Al color del otoño le conviene ese matiz del rostro del poeta. Cuando la noche ocupa la silla de mi escritorio espero que Baudelaire le dictará un poema más: por eso dejo el papel y la tinta dispuestos. ¿Es que no sería posible, es que el milagro se quedó rezagado en la infancia?

#### IV

Baudelaire comprendía que la eternidad estabaalzada sobre un rubí. No es con frágiles materiales que el poeta concluye su esfinge más firme. La espuma puede durar lo que el cielo. Pero es el hierro y el sollozo lo que ata al tiempo. Cuando los fariseos tiraban hiel a «Las Flores del Mal», Baudelaire replicó: «Me siento muy orgulloso de haber producido un libro que sólo respira el terror y el horror del mal». Un libro que no es una fiesta de venenos, como podría pensarse, sino que una escueta versión de un alma dotada, por igual, de terrestres y celestes disciplinas. El mismo calificaría su obra: «libro saturniano, orgiástico y melancólico», un libro donde es posible escuchar el rumor del ansia humana en su tormentoso deslizarse:

«Cuando, en la tarde ardiente, mis párpados se inclinan,  
y respiro el olor de tu seno ardoroso,  
me creo transportado a un país delicioso,  
que los fuegos de un sol monótono iluminan».

.....

«Con sus ondulaciones de velos nacarados  
hasta cuando camina se diría que danza».

.....

«—¡Pensar que tú serás igual que esta basura  
y que esta horrible infección,  
estrella de mis ojos, sol de mi noche oscura,  
tú, mi Ángel y mi pasión!»

«Las Flores del Mal» obligan al análisis del cosmos particular. Es el peligroso espejo que refleja ese «yo» que habitamos a las máscaras. Baudelaire lo expresa: «El libro ha de ser juzgado en conjunto, y entonces se verá su gran moralidad». Moralidad de hombre que muestra sus alas y sus garras:

«Naturaleza es templo de vivientes pilares,  
a los que el aire arranca misteriosos nombres,  
y es un bosque de símbolos que, cuando andan los hombres,  
dejan caer sobre ellos miradas familiares».

.....

«Todas las inmundicias sus encantos nos ceden;  
los hilos de la farsa los mueve Satanás  
y por eso al abismo, sin pararnos jamás,  
descendemos, envueltos en tinieblas que hieden».

Para los arcángeles de museo esta poesía habría de ser maldita. Y se honran a «Las Flores del Mal» con el proceso que incubara Gustavo Burdin en su artículo de «Fígaro»: «nada puede justificar que un hombre de treinta dé a la publicidad un libro con semejantes monstruosidades». Concluye Burdin y comienza a crepitar la hoguera. La poesía de Baudelaire,



soplando su gracia en Verlaine y Rimbaud, en el hondo Mallarmé, debía causar estupor a los verdaderamente podridos; les relataba su decadencia, era la transcripción sangrante de grises interiores. La «pasión del obstáculo», que a Baudelaire gustaba, está en estas páginas hirvientes. Ernesto Reynaud, citado por César González-Ruano, en ese libro carnosos y grato, tierno y vivo, sobre el poeta, explica que «Baudelaire viene de la Biblia pasando por el Dante». El verbo y las llamas.

No quiso esculpir una estatua desnuda nuestro Baudelaire: únicamente pretendió, en «Las Flores del Mal», escribir la historia del hombre, su historia, tal cual es, sin los velos del pudor ni los carmines de la conveniencia. Le atraía la estrella del barro y la que el amor restaura en el firmamento. La vida le ungió de vinagre y de pobreza. Y en su lucha y en su tragedia logró dos cosas: ser un poeta entero y lúcido, valiente en sus piélagos de cieno, dueño de las palabras como de animales sometidos; y el total feroz, la víctima, de un amor viejo que lo engendra para darle la mala herencia de los impotentes, para hacer de él «un erótico imaginativo» que muere con el título de «uno de los seres más terriblemente desdichados que hayan existido», como lo prueba el biógrafo de su drama carnal.

## V

Carlos Baudelaire colocó en la primera edición de «Las Flores del Mal» esta estrofa de Agripa de D'Aubigné, que libremente traducida es:

«Se dice que hay que dejar pasar las cosas execrables  
al pozo del olvido y al sepulcro cerrado  
y que por los espíritus el Mal resucitado  
infectará las costumbres de la posteridad;  
pero el vicio no tiene por madre a la ciencia  
y la virtud no es hija de la ignorancia» (5).

La primera edición fué hecha por Poulet-Malassis, en 1857, en 1,300 ejemplares, siendo tirados en papel *vergé* 20 más. Un «obscuro cronista», Hipólito Babou, encontró el título del libro que antes intentó llamar Baudelaire, «Las Lesbianas» y «Los Lumbos», respectivamente, (otros dicen: «Lésbicas» y «Lim-bos» (6).

«Las Flores del Mal» está dedicado «Al poeta impecable, Al perfecto mago en letras francesas, A mi muy caro y muy venerado Maestro y amigo *Teófilo Gautier*. Con el sentimiento De la más profunda humildad Dedico estas flores malsanas C. B.», (Seche y Bertaut traducen «estas flores enfermizas»).

La segunda edición es de 1861, aumentada con 35 poemas nuevos y un retrato de Baudelaire debido a Bracquemond, (el mismo antiguo editor) (7).

La edición definitiva apareció en 1868, «con un retrato del autor grabado en acero por Nargeot», siendo editor Michel Levy. El prólogo es de Teófilo Gautier y acompañan a los poemas, al final del libro, los artículos que se escribieron para la primera edición: los artículos de Eduardo Thierry, Dulamon, Barbey d'Aurevilly, Asselineau, Sainte-Beuve, A. de Custine y Emilio Deschamps.

Pablo Hérissey, en Evreux, lanzó una cuarta edición del libro, decorada con un retrato de Baudelaire, (xilografía de P. E. Vibert).

Burdin, en su artículo famoso, comentaba a «Las Flores del Mal» con visión deliberadamente hostil: «Ese libro es un hospital abierto a todas las demencias del espíritu, a todas las putrefacciones del corazón». Estos escrúpulos dieron en el blanco: «Las Flores del Mal» debían ir a los tribunales de justicia, que presidía Dupaty, el 20 de agosto de 1857, castigándose al poeta con el pago de una multa de 300 francos y al destierro de 6 poemas del libro, (8), y a los editores Poulet-Malassi y Debroise, que era el otro, al pago de una multa de 100 francos cada uno.

«Las Flores del Mal» se divide en cinco partes:

I.—Spleen e Ideal, (9);

II.—Flores del Mal;

III.—Rebelión;

IV.—El Vino; y

V.—La Muerte.

100 poemas componen su índice primitivo.

En 1931, González-Ruano cuenta hasta 7 libros en español con la obra de Baudelaire, siendo muy importante la traducción de Eduardo Marquina a «Las Flores del Mal», Era Francisco Beltrán el editor. ¿Es de 1905?

## VI

A los 17 años Baudelaire hundía sus manos en la angustia y la podredumbre, su brújula buscaba las zonas de la tortura, los abismos. Leyendo versos suyos de aquella edad se nota un antiguo cansancio en su sangre. («Estamos fatigados y marchitos como los demás hombres»), y se presiente su preferencia de cielos letales: el hastío, la lujuria entristecida de los arrabales, el hechizo inmortal del humo, las amantes que ofrendan muerte y sueño: «Para tener zapatos ha vendido su alma».

«Este hijo de viejo no tiene un real temperamento. Es impotente. Es un erótico imaginativo», (Camile Mauclair). «Es tímido» y, en conclusión, un adolescente «enfermo y un gran desdichado». Lo antifeminista del poeta deriva de esto. Si hubiese encontrado una palabra oportuna pudo saber qué postiza era su «apetencia de fango»; no lo permitió la vida y debió conformarse con su corona de espinas. A los 17 años «Las Flores del Mal» comienzan a pintarse de sangre.



## VII

## 1.—EL ALBATROS

*«La gente marinera con crueldad salvaje».*

Durante el supuesto viaje que hiciera Baudelaire a Calcuta fué escrito este poema. Hay una carta, de fecha 14 de octubre de 1841, del Comandante Saur, enviada de Saint Denis, al padrastro del poeta, General Aupick, en que se encuentra la documentación moral de este viaje, que duró de nueve a diez meses. Tal vez el más puro instante de él fué la estada de Baudelaire en la Isla Mauricio, donde intimó con Autard de Bragard y su esposa.

## 2.—DON JUAN EN LOS INFIERNOS

*«Cuando bajó Don Juan al subterráneo abismo».*

Entre 1852 y 1853 las premuras económicas llevaron a Baudelaire a escribir para el teatro. Don Juan le proporcionó un proyecto que de haberse realizado se habría inscrito en las carteleras con el título de «El fin de Don Juan».

Algunos títulos truculentos, («Las enseñanzas del monstruo», «La amante idiota»), nos dan noticias de un Baudelaire novelista. Las intenciones no llegaron más allá: «Felizmente para el nombre de Baudelaire y para las letras en general, no son más que títulos».

## 3.—MI GIGANTA

*«Cuando, pródiga en verbos de abundancia, Natura».*

Mauclair ha constatado que Baudelaire era «seducido por las enanas y las gigantas»: por esto no es de extrañarse que

este poema pueda haber «sido inspirado por una aventura de este género, teniendo siempre en cuenta la deformación imaginativa de este precoz malogrado», a quien es preciso reconocer la mistificación sublime, la mistificación «mayor, la inmortal», la de su poesía, «una formidable autosugestión expresada por un verbalismo espléndido». González-Ruano comprendía en estos términos el fervor de Baudelaire por las enanas y las gigantes: «La belleza le parece demasiado fácil; por instinto, el hombre ama lo que es hermoso, y un *dandy* debe encontrar el placer estético al otro lado de la belleza, en las inexploradas latitudes de las cosas». Madame P. de Molenes, oculta bajo el pseudónimo de Ange Benigne, cuenta que Baudelaire «reprochaba a la Providencia la poca salud que daba a estos seres privilegiados».

El poeta chileno Alberto Moreno, autor de un tomo de poesías prologado y elegido por la pasión y la cultura de Nefatalí Agrella, y publicado con el título de «De las Zonas Vírgenes», en 1927, por Nascimento, teniendo a Baudelaire «como inspirador», compuso un poderoso canto: «Mi gigante». Moreno fué un poeta de raíz negra, su vida estuvo crecida de noches y botellas. Es el primer brote *baudelaireano* chileno. Vida y obra en trance de locura y de simas. El 28 de septiembre de 1915, en Valparaíso, escribió un prólogo para «Las Flores del Mal»: «Constituyen un fuerte y copioso alimento espiritual para los buscadores de oro» (10).

#### 4. — TE ADORO, COMO ADORO LA BÓVEDA NOCTURNA

«*Te adoro, como adoro la bóveda nocturna*»

Juana Duval, la Venus Negra, es el motivo esencial de este poema. La Duval, que hacia 1864 se hacía llamar Juana Prosper, ejerció en el corazón del poeta una autoridad vasta, egoísta y despiadada. J. Crépet la cree nacida en Santo Domin-

go. Mauclair justifica la sumisión del poeta ante esta mujer por «afinidades electivas, de adaptación orgánica» y porque «por la primera vez sin duda, la cínica habilidad de esta mujer venció su timidez sexual y supo procurarle una voluptuosidad completa, aplastante, extenuante».

González-Ruano ha revivido admirablemente la ocasión en que Baudelaire descubre a Juana, en un pobre teatro banal: «Nadie sino él parece haber reparado en esta mujer que desde su papel insignificante llena la escena, más alta que todos los actores, con un encanto taciturno y animal, con una belleza sombría e indiferente».

#### 5.—CON SUS ONDULACIONES DE VELOS NACARADOS

«*Con sus ondulaciones de velos nacarados*».

Nuevamente Baudelaire exalta a Juana Duval, quien para Teodoro de Banville resumía en «su paso de reina» «algo de divino y de bestial». Ernesto Prarond, en cambio, la describió como «una mulata no muy negra, no muy bella». Jules Buisson opina que descubre «su tipo en una cabeza que viene a menudo en las aguafuertes de Tiepolo».

Incógnita ha sido la conformidad de Baudelaire para soportar el desprecio y los engaños de la Duval. Ramón Gómez de la Serna, en «El desgarrado Baudelaire», intenta fijarla: «¿Qué ama en Juana Duval? Quizás los países lejanos, quizás el ver la bestialidad pura sobre cuyo pedestal él se siente menos espiado».

Juana, que, alguna vez, fué *mademoiselle* Lemer, enfermará de parálisis y Baudelaire le ofrendará una ternura blanquísimas, una solicitud que parece descender de tristes estrellas. El Marqués de Graudpré, que no concede otro encanto a la Duval «que el de ser de color», coincide con la apreciación, escueta y fría, de la madre de Carlos, en cuanto Juana carecía



de la delicadeza que a ciertas mujeres emparenta con el otoño y con los adioses que no se olvidan: «En sus cartas, de las que poseo un montón, no he visto jamás una palabra de amor». Baudelaire sabe de sobra que el límite del amor se hará astillas y permanece junto a la Venus Negra por gratitud. Gratitud, ¿de qué? Allí se cierra, de nuevo, la puerta de esta fiebre. Juana no estima ni el talento ni las fatigas de Carlos, («arrojaría mis manuscritos al fuego si eso le diese más dineros que el que se publicasen»); Juana, la infiel, la diabólica escultura del camastro del poeta, es defendida por él, porque «ha mostrado algunos destellos de buena voluntad y de ternura».

Creemos que Baudelaire se defiende, en la Duval, a sí mismo: defiende su instrumento de arte, defiende su estimulante, defiende el mágico motor de sus canciones, defiende la creación que en esta mujer ha depositado, para él, sus fórmulas eternas.

Duval: apellido de predestinación para Baudelaire. Duval se llamaba la pensión, (calle Voltaire, Plaza Odeón, París), en que solía merendar. Duval se apellidó, para la narración sensual de Baudelaire, la poderosa hembra por la que «lloró lágrimas de vergüenza y de rabia».

## 6.—UNA NOCHE, EN EL LECHO DE UNA HORRIBLE JUDÍA

*«Una noche, en el lecho de una horrible judía».*

Una amante ocasional, corroída por tinieblas de males monstruosos, llamada Sarah inspiró este soneto magnífico. Mauclair supone que la sífilis del poeta fué contraída en esta prostituta que conociera en San Antonio.

Las calles serían sus proveedoras de pus y de ilusión: «A una mendiga de cabellos rojos».

Baudelaire, por «un escrúpulo literario», no denominó «sonetos» a muchas composiciones suyas de esta arquitectura.

Teófilo Gautier abunda en explicaciones sobre esta probidad literaria del poeta, «el primer vidente» que designa Rimbaud, (sonetos *libertinos*).

Sarah era bizca. La predilección de lo raro, de lo situado al revés de la normalidad, continúa mostrándonos en Baudelaire, mejor, en este caso, inaugurándose en esta mujer, puesto que Sarah, la amante veinteañera, es la desdichada aurora de sus sentidos que, de golpe y para siempre, deviene ocaso, (11).

### 7.—EL ALBA ESPIRITUAL

*«Cuando, entre los perdidos, el alba que clarea».*

Huyendo de Juana, en un paréntesis de claridad, Baudelaire se enamoró de Mme. Sabatier, «La Presidenta», a la que dedicó este soneto, Mme. Sabatier, Anglae Sabatier, nacida, como Baudelaire, en 1821, en Estrasburgo, poseía «belleza, bondad y alegría», (Judith Gautier); los Goncourt la detallan «como a una vendedora de faunos». A Clesinger le sirvió de modelo para su escultura «La mujer mordida por una serpiente». Mme. Sabatier, la Venus Blanca que bautiza González-Ruano, era querida del financista Hipólito Mosselmann. Esta holgura, unida a su natural inteligencia, la llevó a instalar «un verdadero parnasillo» en la calle Fronchot; asistían a los domingos de la ilusión y de los vasos cristalinos: Gautier Flaubert, Dumas, el propio Baudelaire...

Quede en este sitio un nombre: María Daubrun, amor de leves harinas en la trizadura sexual de Baudelaire, «actriz en el teatro de la Gaîtè». González-Ruano alaba a la Daubrun: «la más María de todas las Marías». María es la adolescencia ensañadora de los ruinosos parques que no tuvo Baudelaire, el retorno fugaz, para su equilibrio interior, a la etapa que los cancioneros evocan con versos comparables a dulces sonos de *armoniums*, (1856).

8.—EL FRASCO

*«Hay perfumes que en toda substancia material».*

Gozador de los aromas por lo que enervan, por su calidad de transporte, Baudelaire vive en ellos como en atmósfera de sueño. En un bellissimo soneto, «Correspondencias», encontramos su biografía encantadora:

«Y así hay perfumes frescos como carnes de infantes,  
verdes como praderas, dulces como el oböe  
y los hay, corruptores, ricos y triunfantes,

de una expansión de cosa infinita embebidos,  
como el almizcle, el ámbar, el incienso, el alöe  
que cantan los transportes del alma y los sentidos».

Otro soneto, «Perfume exótico», brama en el olor de la mujer: «Tu olor me hace vagar por los ardores indos». Es el aroma del instinto que nos conduce a mundos en que solamente caben dos cuerpos amarrados por la sangre... «Perfume exótico» es el hermano espigado de «Un hemisferio en una cabellera». No desdeñemos la ironía de «El perro y el frasco», de los Pequeños Poemas en Prosa, ni «La cabellera negra». («los recuerdos que impregnan tu cabellera obscura»), en la complicación del olor y de la visión, («Cabellos azulados, pabellón extendido», «dejad que aspire ansioso el olor confundido—del sándalo ferviente, del almizcle y la brea»); como para Mallarmé, para Baudelaire los cabellos son las aguas más cordiales, las aguas del amor y de la alucinación: «¡oh, trenzas: sed las ondas que me van empujando,—y yo veré, mar de ébano, surgir de ti avanzando,—velas, remeros, remos y mástiles y llamas!»

Estas repeticiones no son casuales: Baudelaire tiene dos «Invitación al viaje», en prosa y verso.



Enfermo de imaginaciones, Baudelaire quiere tomar en cada olor un hilo de infinito: «porque los hombres de imaginación encuentran siempre a los fantasmas que se han forjado», (González-Ruano); de este modo, Juana Duval amanece a la derecha de su sed; de este modo, los puertos de su deseo le abren sus perspectivas verticales, aunque no figuren en ninguna carta geográfica.

### 9.—A UNA DAMA CRIOLLA

*«En el país oloroso que el sol acaricia».*

Este soneto, escrito en el viaje de Baudelaire, en la Isla Mauricio, para la esposa de Autard de Bragard, es el primer trabajo publicado por el poeta, (en «L'Artiste», que dirigía Arsenio Houssaye, el 25 de mayo de 1845).

### 10.—LOS GATOS

*«Los amantes fervientes y los sabios austeros».*

Este soneto, con su poema «El gato», delinean la ternura del poeta por estos animales, verdaderos embajadores de la lujuria, «enamorado como él del perfume». Los gatos y Baudelaire no son seres de carne y hueso: seres de pastas febriles, seres nocturnos, humo en celo...

### 11.—LOS OJOS DE BERTA

*«Ojos que admiro más que los más admirables».*

Hacia las postrimerías de su vida, Baudelaire viajó a Bélgica. Aquella jira había de ser su Calle de la Amargura: soledad, incomprensión, miseria. Y un áspero colofón: la enferme-

dad que es el anuncio de la guadaña en marcha. En Bélgica conoció a Berta, «una muchacha viciosa». Baudelaire, que dibujaba al igual que Musset, «a quien Baudelaire detestaba tanto», nos ha legado un apunte de Berta con notable parecido a la Duval: ¿es que sus ojos invertían cualquier rasgo para admirar perpetuamente a su flageladora—masoquismo sublimado? La afición plástica de Carlos se historia: su padre dió lecciones de dibujo; en el Colegio Real de Lión, Carlos obtuvo un segundo premio de dibujo, («Los croquis de Carlos Baudelaire, por su nitidez y su simplificación, recuerdan a veces los de su amigo Manet», Mauclair). Fueron padrinos en su nacimiento Claudio Ramey, escultor, y Juan Naigeon, pintor.

12.—SOBRE EL TASSO EN LA CÁRCEL, de Eugène Delacroix

«*El poeta en la cárcel, sucio, desharrapado*»,

Delacroix significa una admiración sin tacha para Baudelaire. Catador de pinturas, el poeta, en el Salón de 1845, con juicio «seguro y audaz», criticó a Delacroix y Descamps; al año siguiente, redobló su loa al primero y Teófilo Gautier lo explica: «Delacroix debía encantar a Baudelaire por la *enfermedad* misma de su talento tan turbado, tan inquieto, tan nervioso, tan rebuscado, tan exasperado, tan *paroxista*—valga esta palabra, única que traduce nuestro pensamiento». En el viaje a Bélgica, Delacroix fué el primer tema en Bruselas, donde el silencio no lograría ser vencido por la percepción de unos pocos que supieron valorar la presencia de nuestro poeta en esa tierra, (Frederix, Camilo Lemmonier); la segunda conferencia versó sobre Teófilo Gautier; la tercera consistió en la lectura del original de «Los Paraísos Artificiales», (12).

Frecuentó Baudelaire la amistad de muchos pintores y dibujantes, sobresaliendo la de Deroy y la de Guys, quien según Teófilo Gautier «poseía en grado rarísimo, el sentido de las mo-

dernas corrupciones, así en la alta sociedad como en el pueblo bajo, y, por su parte, en forma de croquis, iba también haciendo su ramo de *Flores del Mal*».

### 13.—EL RELOJ

«¡Reloj! Deidad siniestra, inmutable, impasible».

Conjuga este poema con su prosa «El reloj», relampagueante y galana. Carlos Mondaca, nuestro elegíaco, escribió un poema llamado, también, «El reloj», mas viendo no una deidad, sino que una «víctima que cuenta sus penas y tiene la voz de una gota».

### 14.—EL AMOR DE LA MENTIRA

«Cuando veo que pasas indolente adorada»

Mentira = Baudelaire. Seche y Bertaut dicen que «falseó completamente su verdadera fisonomía, imponiendo en cierto modo una imagen errónea de sí mismo». Mauclair llama la atención sobre su «bizarro amor a la mistificación». Baudelaire juega a las caretas, es un prestidigitador de paradojas; acaso estime que tantas vueltas a la verdad le adelgacen los dolores, le hagan menos amargo. Poeta es. Y por ley de poesía: mentiroso, única forma de vislumbrar la segunda envoltura de las cosas.

### 15.—LA DESTRUCCIÓN

«El demonio tenaz se agita al lado mío»

En este soneto Baudelaire exclama: «Como sabe que el Arte prefiero a toda cosa», sentando la premisa de su destino:



artista hasta la médula, sordo para el buen sentido y las conveniencias. No vivirá para su tiempo. Vivirá para El Tiempo. Mauclair margina la disparidad que se evidencia en Baudelaire: el hombre «no sabe vivir»; en cambio, el poeta «Es un lógico superior». La poesía de Baudelaire es la inteligencia vestida de niño. En otro soneto suyo, «Las dos buenas hermanas», Baudelaire vuelve a contemplarse para definir al poeta:

... plaga de las familias,  
valido del Infierno, ave de las vigiliass», (13)

#### 16.—LAS LETANÍAS DE SATANÁS

*«¡Oh, tú, el más bello y más privado de alabanzas!»*

Existe una traducción española de este poema debida a Armando Vasseur, (en «Los Cantos Augurales», Montevideo, 1904, O. N. Bertani, editor).

#### 17.—EL VIAJE

*«Para el niño que emprende mudamente un paseo»*

Este largo poema está dedicado a Maxime du Camp, «memorialista sospechoso», según Mauclair, dotado de facilidad para «deformar la verdad», según Seche y Bertaut, lo que otorga escasa solvencia a las páginas que escribiera sobre Baudelaire.

### XVIII

Ramón Gómez de la Serna ha sostenido que Baudelaire «es la estatua de bronce en la plaza central de nuestra memoria». Su vida es una porfiada lucha por mantener intactas y vírgenes sus ceras. En su poesía, la cabeza ocupa el lugar de

las corolas: no ama ni el acaso, ni *lo que venga*. Ama el resultado que sueña, la manzana o el toro que ansiaba forjar con sus manos.

Si el hombre Baudelaire pierde locamente su sangre. El poeta Baudelaire, cauteloso, la emplea en la conquista de sus propios cálculos. Es el virtuoso de la dosis exacta de eternidad. el que sabe coger precisamente el corazón de las palabras, (14).

A. S.

---

## NOTAS

(1) De la madre de Baudelaire nos queda este retrato: «una niña bonita, inteligente y sensible». Mauclair recuerda que el padre del poeta «dibujaba y pintaba agradablemente».

Rimbaud elogia a Baudelaire llamándolo «un verdadero Dios».

(2) Ramón Gómez de la Serna arguye que Baudelaire «necesitaba los cilicios como estímulo. Por eso buscó a la negra Duval».

(3) Este es el epitafio que el propio poeta escribió para su tumba:

«Aquí yace quien, por haber amado demasiado a las perdidas, descendió joven todavía al reino de los topos».

Algunos traducen la palabra «perdidas» por «puercas», (en francés: «gaupes»).

(4) Paul Verlaine dijo de «Las Flores del Mal»: «Yo comparo estos versos extraños, a los extraños que haría un Marqués de Sade, discreto y conocedor del idioma de los ángeles».

Juicios: «Usted canta la carne sin amarla, de una manera triste y desprendida», (Flaubert); «Ha dotado al cielo de un rayo macabro», (Víctor Hugo); «Hay demasiado Satanás en sus libros», (Diez Canedo); «Hace pensar en una Teresa del abismo», (Andrés Suarés); «Es el primero que rompe con el público», (Laforge); «Libro-joya de un esplendor incomparable», (Mauclair).

(5) De «Los Trágicos», libro II,

(6) En 1848 Baudelaire anunció sus poesías con el título de «*Les Limbes*». En el café Lemblin surgió de Babou el título definitivo.

(7) Para la edición Baudelaire esquemó tres prólogos y esta dedicatoria:

«Para conocer la felicidad es preciso tener el valor de tragarla. La felicidad vomitiva.

Orestes y Electra. Angustias,  
De la utilidad del dolor.  
La mujer natural.  
La voluptuosidad artificial.  
Deseo que esta dedicatoria sea ininteligible».

El editor no aceptó ni aquéllos ni ésta.

Los poemas prohibidos son: «*Les bijoux*», «*Le Léthé*», «*A celle qui est trop gaie*», «*Lesbos*», «*Femmes damnées*», «*Delphine et Hippolyte*» y «*Les metamorphoses du vampire*». Gracias a Jacques Crépet estos poemas fueron impresos en 1908. Jacques Crépet mejoró la obra de Eugenio Crépet, («*Charles Baudelaire*»), dándola al público, en 1907, en París, a través de la librería A. Messein,

Actuó de acusador de «*Las Flores del Mal*» Pinard, quien lo había sido antes de «*Madame Bovary*»,

En una antología, «*Los poetas del Amor*», (1850), apareció el poema «*Lesbos*», (Garnier, París, selección de Julián Lemer); este hecho lo expuso a su abogado Baudelaire, como argumento defensivo en cuanto a la moralidad del libro y a la injusticia del castigo.

(9) Mauclair escribe que «En toda esta maravillosa serie de «*Spleen e Ideal*», Juana está presente. Es ella sin ser ella».

(10) El canto de Moreno empieza:

«Maestro: yo no sueño con las gigantas tuyas;  
tengo una mujer viva, más real y fabulosa:  
es moderna, vibrante—para que tú te instruyas  
en los raros progresos de esta edad contagiosa».

Francisco Contreras tomó de Baudelaire sus primeros impulsos, (ver «*Carne triste*» y «*Las Crisantemas*»). Pero es Moreno quien en vida y poesía lo repite.

(11) Dos diarios íntimos dejó el poeta: «*Cohetes*», (o «*Fuegos Artificiales*»), y «*Mi corazón al desnudo*»; en el primero leemos para entenderlo: «Lo que no es ligeramente deforme tiene un aspecto de insensible; de



donde se deduce que la irregularidad, es decir, lo inesperado, la sorpresa, el asombro, constituyen una parte esencial y característica de la belleza».

«Mi corazón al desnudo» es título sugerido en página de Poe, esa grande preocupación literaria de Baudelaire, a quien traduce y defiende con lo más medular de sus ciencias.

En «Mi corazón al desnudo» viene esta frase:

«Aviso a los no comunistas: todo es común, hasta Dios».

Baudelaire fué amigo de Proudhon, el de «la propiedad es un robo», frase que popularizó, pues pertenece a Brissot. En los sucesos de febrero del 48, fusil en mano, recorrió las calles de París. Como otros artistas, Y como el 71 lo haría Rimbaud.

Los pobres inspiran frecuentemente a Baudelaire, (en prosa: «El juguete del pobre», «Los ojos de los pobres» y «¡Zurremos a los pobres!»; en «Las Flores del Mal», «La muerte de los pobres»).

(12) A Baudelaire le consumen los imposibles: el opio, el haschich, la carne maldita. A principios de 1860 se terminaron de publicar los «Encantos y torturas de un fumador de opio», que Poulet-Malassis publicó con el título conocido de «Los Paraísos Artificiales». Es la época en que Wagner viaja a París, la época que brinda a Baudelaire con esta música «uno de los grandes goces de mi vida».

(13) Paul Valéry ha dicho que «ni Verlaine, ni Mallarmé, ni Rimbaud hubiesen sido lo que fueron sin la lectura que hicieron, en la edad decisiva, de «Las Flores del Mal».

En 1895, auspiciado por Leconte de Lisle, y presidiendo prácticamente Mallarmé, se formó un comité para «elevarle un monumento a su memoria». Se logró esto más tarde, bajo los empeños de Aicard, en el cementerio de Montparnasse, haciéndolo por Charmoy.

El 30 de julio de 1845 Baudelaire pretendió suicidarse.

(14) En el N.º XII de «Taller», (Poesía y Crítica), enero-febrero de 1941, México, D. F., Lorenzo Varela publicó importantes páginas de Baudelaire, de las que anotaremos esas dedicadas a los *Consejos a los literatos jóvenes* por su fervorosa incitación a la entrega del oficio:

I.—«La inspiración viene siempre cuando el hombre quiere, pero no siempre se va cuando el hombre quiere»,

II.—«Para escribir con rapidez es preciso haber pensado mucho, haber llevado consigo un tema a todas partes, durante el paseo, en el baño, en el restaurant, y casi junto a la amante», (Rilke y Baudelaire están de acuerdo en este punto).

III.—«La inspiración es, decididamente, hermana del trabajo diario».

IV.—«Todo hombre que goce de buena salud puede pasarse dos días sin comer, cosa que no podría hacer jamás sin poesía».

Varela es certero al insistir que Baudelaire «dejó a los poetas un calendario de trabajo llamándolos al esfuerzo del taller. Impuso, en definitiva, una conciencia del oficio, una voluntad de trabajo que cada día dé mayor pureza a los instrumentos y más limpidez a los ojos para reflejar sin obscuridades, la luz adivinadora».

En «La muerte de los artistas» encontramos esta idea:

«Tal vez la Muerte, sol nuevo y resplandeciente,  
hará que grane al fin la flor de nuestra mente»,  
desalentadora como resultado de una vida de arte. ...